

SI QUIERES EXPERIMENTAR AMOR, COMIENZA POR EL PERDÓN

[Lucas 7, 36 – 8, 3]

Estamos en la Semana 11 del Tiempo Ordinario y la Liturgia nos invita a descubrir la fuerza transformadora, liberadora y sanadora que tiene el perdón.

El evangelista Lucas (7,36-8,3) nos presenta de forma plástica, sencilla y directa la actuación de dos personajes que se encuentran con Jesús, con el propósito de alertarnos, por un lado, sobre las falsas convicciones que pueden mover nuestra vida y, por otro, para que descubramos que el auténtico amor está asociado al perdón.

Uno de los personajes es el fariseo Simón, que se sabe seguro, pues está afianzado en la legalidad y en su proceder conforme a esa misma ley. Se sabe con los papeles en regla, por eso, en su relación con Jesús, no hay más que la mera formalidad, vacía de gestos, porque nada lleva por dentro. Su amor es minúsculo, porque no tiene generosidad ni libertad. Él está impedido para captar el paso de Dios, y en consecuencia no puede experimentar la gratuidad ni el agradecimiento.

El otro personaje es la mujer pecadora, que se sabe frágil e indefensa. Su única seguridad es la certeza de que ella no tiene nada que perder. Está expuesta a todo tipo de suerte, por eso se coloca detrás de Jesús y se abaja hasta sus pies para manifestar su aprecio. Todo gesto amable que reciba es pura ganancia. Su amor es grande y arriesgado, porque tiene generosidad. Ella está abierta a todo signo de Dios y, en consecuencia, puede experimentar el amor y la gratuidad.

En medio de aquella cena que se torna mistagógica, Jesús cuenta a Simón y a la audiencia una parábola muy sencilla con la que viene a afirmar que **“la medida del amor es el tamaño del perdón”**. Quedando bien expuesto que el perdón pasa por tres momentos: 1) el regalo o el don del amor de Dios que ensancha el corazón; 2) la rectificación y superación de lo erróneo o desviado; y 3) el agradecimiento. Y dejando en claro, además, que lo más opuesto al perdón es la rigidez que impide reconocernos pecadores también, porque nos ocultamos a nosotros mismos nuestras torceduras y equivocaciones.

Simón (el fariseo), con su olfato fino, capta que Jesús es importante, por eso lo ha invitado a sentarse a comer en su mesa. Pero choca con sus criterios de verdad y pureza el que Jesús no distinga la clase de mujer que se le ha acercado para tocarlo. Por eso Jesús no puede ser un profeta. El fariseo practica un nivel básico de discernimiento: distinguir y analizar, pero sin implicarse, ni ponerse en el lugar del otro, mira la realidad desde fuera. Se queda en lo correcto y en el deber ser.

La Mujer pecadora, también con su olfato fino, distingue perfectamente la presencia de Jesús en aquella casa y se acerca todo lo que puede para encontrarse con el Señor. La pecadora practica el nivel más alto del discernimiento: distinguir, analizar, pero implicándose, a riesgo de quedar desacreditada, incluso expuesta a salir con las tablas en la cabeza de aquella situación. Ella avanza hacia la novedad de Dios.

Que no caigamos en auto-engaños, al querer mostrarnos a los demás como justos, cuerdos, equilibrados y sin manchas, por considerar que reconocernos pecadores o con fallas nos hace despreciables o descalificados. Que tengamos la libertad de reconocernos frágiles, necesitados, vulnerables, para que experimentemos la fuerza transformadora, liberadora y sanadora del perdón que nos abre al amor.



Podemos terminar con el texto siguiente

AÚN ESTÁS A TIEMPO

Aún estás a tiempo para comenzar de nuevo, aceptar tus sombras, entender tus miedos, liberar el lastre, retomar el vuelo. Pero no te rindas que la vida es eso: continuar el viaje, perseguir tus sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo.

No te rindas, por favor, no cedas. Aunque el frío queme, aunque el miedo muerda y se calle el viento: aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños. Porque la vida es tuya, y tuyo también el deseo. Porque no hay heridas que no cure el tiempo.

Hay que abrir las puertas y quitar cerrojos, abandonar murallas que te protegieron, vivir la vida y aceptar el reto. Recuperar la risa, desplegar las alas e intentar de nuevo, celebrar la vida y retomar los cielos. Porque cada día es un comienzo nuevo.

(Cf. Mario Benedetti)